La furia del alfabeto (des-cuentos)

Melba Guariglia





ediciones letradura

LA FURIA
DEL ALFABETO
(des-cuentos)

MELBA GUARIGLIA

La furia del alfabeto

(des-cuentos)



ediciones letradura

Diseño de tapa: Rodrigo Fló

Melba Guariglia
La furia del alfabeto
1a. Edición 2011
Letradura
Montevideo Uruguay
letraduraed@gmail.com

ISBN 978-9974-

A Mabel, mi hermana,
de quien mi padre tomó
su nombre para inventar el mío

De la importancia del alfabeto, el alfabetismo y el acto de escribir nadie duda; de mi obsesión por las palabras y las letras en mi labor de editora y correctora, tampoco. Tal vez faltaría explicar que en diálogo con las palabras, en el oficio de la escritura y sobre todo en mi relación con las letras, he descubierto rasgos de su personalidad, características que las humanizan y las ubican al borde de la rebelión y la furia.

Las letras me han contado todo lo que escribo, aunque de esto sí puedan dudar, pero más allá de la indiscreción que supone hacerlo público, me persigue la idea de desenmascarar el lenguaje cotidiano, un poco en broma y un poco en serio rescatar, desde un mundo interior, la comunicación perdida en los avatares de la exterioridad, sin perder de vista otros modos de contar ocurrencias, a la manera de los relatos breves y el "divertimento".

La variedad de este volumen la conforma una selección de textos escritos en México y en Montevideo muchos años atrás, en el siglo pasado. Algunos publicados, en sus primeras versiones, en revistas o semanarios, otros inéditos, pero todos ellos abarcan la sencilla y a

la vez dura faena de escribir desde cualquier punto de vista, incluso en serio.

En la zona de la expresión escrita, como en toda situación, hay hechos que resultan más o menos significantes o significativos que pueden convertirse en ficciones a partir de las formas o de sus contenidos. Allí, los perfiles diversos se destacan como pequeños árboles que ayudan a comprender el alma del bosque y a desarrollar la capacidad de traducirla de letra a letra, palabra a palabra o de voz en voz, por eso tal vez no importe ponerles un nombre, porque son lo que son…

MGZ

"... una sopa de inevitables letras."
Melba Guariglia

"A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul, vocales, diré algún día vuestros latentes nacimientos."
Arthur Rimbaud

CUENTO INTERMINABLE

Al escritor mexicano Efraín Huerta (a su memoria), quien sonrió cuando le leí este relato

…este cuento empezó antes, hace demasiado tiempo, pero lo continúo ahora que la máquina de escritura está desocupada. De súbito me asalta la inquietud, una leve comezón en ambas manos, un cosquilleo en la punta de los dedos y ya no puedo controlar el movimiento rítmico en el teclado, como si escribir fuese un alivio a mis urgencias, un desahogo natural a las voluptuosidades cotidianas, una evacuación de palabras hasta ahora contenidas en el vientre de las multitudes. Me detengo sólo cuando presiento el hambre, el principio del sueño, en fin, sobre todo cuando me veo obligada a dejar esta bella maquinaria de letras porque a alguien se le ocurre dictar párrafos desagradables en el torso de la página, no sólo con imperfecciones, que vaya si las hay, sino por aviesas intenciones de dictadores compulsivos

...en una época creí que el esplendor de las formas, el continente de la textura sólo podría trasmitir el valor de la verdad, pero mi hábito investigador me llevó a descubrir propósitos diversos y hasta contrarios a ésta. Así fue que me propuse indagar

en bibliotecas, librerías, editoriales, con el fin de observar la relación de las letras con sus contenidos. Es más, llegué a sumergirme en sus emociones y a partir de allí medir los vaivenes grafológicos del alma. Hoy me siento capaz de articular espacios en cualquier territorio que se plasme en página, percibir el matiz de las palabras, diseñar ideas, expresarme entre líneas y decir, sobre todo, mis verdades cabalgando en el lomo de cada párrafo. Por eso, cuando me siento a escribir, como ahora, y poso las yemas de los dedos sobre la planicie de las teclas, es como si afinara o ejecutara el piano sinfónico del alfabeto y es imposible detenerme. Lo que más molesta a los críticos de mi entorno es que pierda los límites tradicionales y haga surgir vibraciones que ellos desconocen, o ensaye incesante una melodía apasionada hasta la más alta caída

...las experiencias en aquellos tramos de mi vida agudizaron mi curiosidad por la escritura, por lo que me dediqué a enseñar caligrafía en diversos países del mundo. Durante las clases, en el instante de elaborar el grafismo rodeaba a mis alumnos con inscripciones en papel de arroz, como ejercicio ritual, los ungía con pulpa de pergamino y después, en hojas de dobles rayas practicábamos marcas que significaran el sentido oculto del universo. A la vez que danzábamos en líneas corridas, nos metíamos en el fondo de la pizarra para desafiar a las mayúsculas que surgían de la tiza

…para ampliar mis conocimientos viajé por continentes interpretando acertijos egipcios, ideogramas aztecas, hebreos, códices. Me extasié en la contemplación de la pictografía china, grafittis europeos, petroglifos cretenses. En contacto con incisiones

rupestres, pasaba suavemente la palma de la mano sobre las cicatrices de las piedras y advertía un torrente de palabras circulando por mis venas, penetraban serenas y se despeñaban en lluvia por cada uno de mis huecos. Al llegar junto a los fenicios a los márgenes de la escritura fonética, admiré símbolos indonesios, birmanos, rusos, mientras continuaba mi labor junto con Cadmo u Odín, quienes me guiaban en la fascinación de escribir, describir y reescribir humanas huellas

...en las puertas del salón de clase dibujaba letras con un cincel triangular y puntiagudo; detallaba signos en los zócalos o en las tablillas del piso con tal plenitud que recibía aplausos de los estudiantes, mientras se conmovían las tapas duras de los cuadernos. “La tinta es sangre de animal salvaje, las teclas el tacto ceremonioso de las letras, el texto una nueva posición amorosa”, les decía a mis espectadores. Y llovían lápices, bolígrafos, lapiceras, en ovación, sobre el piso interlineado de la escuela

...cuando una vez encontré un sobre dirigido a mí en el umbral de mi casa, suspiré dichosa. Recorrí líneas de la página escondida en su interior sin reparar en los dichos, pero qué ritmo potente en el pecho, qué intenso goce me asaltó entonces. Porque escribir, como ustedes saben, es un acto compartido, un encuentro universal entrecruzado por surcos apenas visibles. Acontecía en mi piel una aguda correspondencia de tipos impregnados de colores, sabores y fragancias...

...después del aula, fue el “escriptorio” de la casa mi instrumento preferido; hubo un tiempo en que pasaba horas examinando enciclopedias en busca de pistas para descubrir nuevos

caracteres letrísticos; con los codos apoyados sobre la mesa recogía historias de abecedarios y me anegaba en sus fuentes. El amanecer me hallaba sentada sobre las piernas cruzadas o tendida en el piso transcribiendo textos del sánscrito, tejiendo monogramas, delineando estampas, bordando imágenes. Urdía códigos enrollados, devanaba antiguos borradores, mientras Thot cincelaba jeroglíficos que yo traducía, impulsándome a enfrentar a los escribidores, vapuleadores de la escritura, a quienes en ese tiempo autoritario empecé a conocer. Solo procuraba pasar del símbolo a la sencillez de tomar el instrumento y dejarme llevar por el ansia de construir un puente hasta la consumación final

...pero no es fácil edificar esa prodigiosa ingeniería, no se explica por sí mismo lo escrito, no oímos lo que la página dice, al misterio de la letra se suma el misterio de la palabra y a ella el del texto. No basta la intención de quien escribe, como yo pensaba, para nombrar. Hay miradas oblicuas, puntos de mira, el centro es invisible: un grito silencioso esculpido en una sola piedra por historia de muchedumbres. Se cae en pretextos sobre significados o significantes, se juega con cambios en las letras y en rayas demasiado horizontales que muestran en el fondo un único rasgo verticalísimo

…todo esto reflexionaban mis manos en movimiento mientras aprendía la esencia de escribir, en el curso y transcurso de las décadas. Es lo que ahora siento, en el engranaje de mi físico, cuando palpo el espíritu de esta máquina en que les relato mi búsqueda desde los primeros balbuceos, tal como me lo trasmitieron mis antepasados. No sé si ustedes, mis lectores, interpretarán esta historia que apenas comienzo, pero mi deseo es saborear

palabras innombrables, soñar páginas imposibles, traducir la cara de todos los lenguajes, ejercitar con lucidez el oficio de la ceguera

…hoy las paredes de este lugar son murales poblados de frases con signos escritos por mis padres desde mi nacimiento, en dialectos que he reconocido a lo largo de mi viaje por los siglos, aunque no sepa aún el sentido. El mobiliario luce bajorrelieves etruscos, las luces se cruzan en reflejos de viejas representaciones tipográficos, las sábanas están cubiertas por escrituras babilónicas, la túnica, que poco a poco he ido abandonando, es de retazos manuscritos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Si comencé a escribir en los muros de la ciudad fue porque no me permitieron escribir en sus calles hacia un punto de fuga, como anhelaba, eliminar las señales de tránsito y pintar en su lugar el nacimiento de las vocales. Inventé palabras cuando suprimieron las que eran causa de mi embeleso y censuraron aquellas que nos unían, y las miles y miles de cláusulas que entrego en sobres al vigilante setentaisiete veces al día es porque no han vuelto a escribirme desde que encontré ensobrada aquella carta de despedida a las puertas de mi casa. Ahora no lograrán detener el caudal de la escritura que en concierto emerge desde algún sitio implacable ningún dictado ni ninguna pausa es ya posible el continente me atrapa para liberarme y espero la bienvenida dejo que ustedes lo cuenten después de mí para que nadie se olvide mi piel arrugada se expone al riesgo del tajo profundo del buril que empuño hoy seguiré escribiendo contracciones y conjunciones aunque sea con las uñas entintadas sobre mi cuerpo para que estecuentonoterminenunca…

ALTERNATIVA AUTÉNTICA

A A. hace taaanto

Reconozco que la letra A no me es indiferente, tiene un contenido trascendental para mí. Eso sí, no me pregunten el motivo. Muchas veces tenemos sentimientos confusos y pocos pretenden aclararlos, quienes lo consiguen suelen terminar en la cárcel, en el mejor de los casos en algún asilo, apartados y aislados al fin. Yo no quiero complicarme la existencia, lo que sí admito es que me agrada esa letra.

Cuando era niña me regalaron un ábaco y unos cubos para aprender a leer, y al ver aquella luminosa letra en relieve sobre uno de los lados quedé asombrada. A partir de allí conocí a la letra A y supe que mi destino estaría ávidamente atado a ella.

En la escuela dibujaba mis aes con tal habilidad que mis compañeros me llamaban Aíta, un poco en broma, sin saber que yo me sentía más que orgullosa al pensar que algún día podría llegar a parecerme a esa hermosa letra, ya fuera grande o pequeña, vacía o plena.

Mis maestros admiraban mi caligrafía de trazos seguros y variados; con el tiempo en cualquier escritura mis aes florecían, abiertas amapolas sobre la pradera de un álbum. Me gustaba

dibujar ramos con ellas, y hasta llegué a creer que serían capaces de alentar vida y bailar entre las hojas de los libros o en andas de una agenda, alegremente.

Por esos días fue que a mi casa llegó un anónimo que decía: A te engaña con A. Sé que mi madre lo quiso ocultar pero yo lo vi y recibí una gran decepción al admitir que se puede faltar a la verdad sin dar la cara, valiéndose de una sola letra indefensa sin autor que abogue por ella. Esa vez lloré de impotencia porque nadie merece ese amargo agravio.

A medida que fui creciendo descubrí nuevas categorías de A: minúsculas, mayúsculas, redondas, imprentas, itálicas, ariales, aldinas, en fin, a los 18 años había encontrado 124.857 tipos distintos en diversos cuerpos (y almas). Afanosa seguía la aventura, porque una adicción abrumadora me unía a ella.

Adolescente me reconcilié con la Humanidad y me anoté en estudios de Abogacía para aconsejar en actas, apelaciones y acuerdos, sobre todo para absolver, no para asaltar. Un día paseando por un área de altos árboles en ancas de un asno, vi un corazón tallado en un abeto. Habían grabado la corteza con una aguda abertura y en medio del corazón decía: A ama a A. Allí, al amparo de los álamos aspiré admirada el aroma del aire leyendo poemas de Agustini y Alfonsina y me sentí un aeda.

Pero, como les contaba, hay altibajos en todas las historias: agobios, ahíncos, agujeros en el ánimo; cuando me veo obligada a trabajar observo que no todos ponen atención a las letras. Hay una tendencia masificadora que deja de lado la belleza de la peculiaridad. Aparecen los métodos globales, la globalización,

los globos de aire; por ende, las letras pierden su identidad y se desinflan. Antojóseme, entonces, rescatar a mi adorada letra de tanta animadversión.

Lo cierto es que mis aspiraciones no siempre son aceptadas, por eso no me fue fácil retener amores, pero por esos años descubrí la importancia de la amistad, que empieza con A, y resolví emprender la búsqueda de amigos cuyos nombres se iniciaran con ese signo altivo, no altanero. De ese análisis podría afluir el afecto que ascendía ardiente por mis arterias. Así fue cómo conocí a Alicia, Álvaro, Alberto. Con ellos conocí el amor y el arte por amor al arte. Acontecieron después Ana, Andrés, Alejandra, que apoyaron mi alicaído ánimo.

Aprendí mucho: el altruismo, el abrazo, la lucha emprendida con amplia alegría y a escribir la arroba de la comunicación cibernética, además. Supe también hacia dónde ir, por supuesto, arriba y adelante, nunca atrás. Ahora bien, ya les dije que a mí no me gustan los conflictos ni las armas, pero existir en este mundo de incomunicación alevosa es un desafío, y mi alter ego me adoctrinaba, aunque al acaecer nuevos aciertos en las acogedoras letras, el alfabeto comenzó a atormentarme. Antes no me importaba tanto como ahora, aquí empezó a importarme más que allá, de modo que inicié un proceso de discriminación aística que me llevó a pensar que ya no podría vivir sin la letra, porque A formaba parte de mi casa y de la tuya, de la cAsa que amorosamente habíamos construido entre autores, y de mi propio nombre, es decir de mí mismA. Me repetía, "A es igual a A", con Aristóteles,

y me aliviaba. Así llegué a la antigualla de crear un ático de papel donde "abitar".

Abstraída actué en forma absurda, ansiosa, no abusiva. A solas con mi diccionario alfabético anexé abundantes aportes a mis ahora definidos intereses aístas. Acabar con palabras que no condecían con el espíritu acorde a la altura de la A fue una acción ineludible para ampararla. No era posible que se utilizara tan bella letra para comenzar palabras como abandono, adefesio o asco. En ese período fue cuando presenté el proyecto de modificación y reforma de la lengua castellana a la Academia, apoyada por algunos ángeles y artistas. A de ninguna manera podría acongojar, asesinar, aburrir, acallar en palabras de tan alarmante contenido.

Sé bien que las relaciones humanas se hacen más complejas para los que procuramos cambiar la apariencia para afirmar la hondura. Hay personas que no entienden el valor de las pequeñas cosas y ni siquiera buscan algo más alentador, ni en las palabras, ni en las letras. Por eso no me han hecho caso todavía, tal vez algún año alguien acepte algo y asuma alguno el atrevimiento de no hacer como el avestruz.

A mis letras me debo, mejor dicho A mi letra, por lo que seguiré afirmada en la Alternativa Aística para alentar en la campaña de las elecciones abecedarias. Tal vez, los más amplios me acompañen. Aunque ella es acérrima, parecida a un buey cabeza abajo, sin ánimo de agredir.

No es posible vivir sin anhelos, apetencias, antojos. Confieso que me arroba bostezar porque cuando abro la boca digo Ah, cuando suspiro de placer pronuncio apasionada Ay; ayer

anduve activa por actuar armoniosa y artística, ahora ando ardiente y audaz con mis amantes. A aquellos que no me comprenden les digo que la A es la primera letra del alfabeto, la primera vocal, la primera preposición, es el as y el alfa de las letras, la vocal más abierta, la primera actriz de la asociación de autores amigos y aliados, y de la acción atlética de actores acróbatas.

Apreciados Americanos Artiguistas, creo que tendríamos que articularnos sin armar líos ni atiborrarnos de arribismos, Aunque Aún sean muchos los que no se Animan a Apoyarnos en este mundo Ancho, Ajeno y Abollado.

Les repito, si me preguntan no sé qué me trajo acá, ¿fue Amor A primera vista en los primeros Años?, ¿una afición atroz? ¿un absorbente Aburrimiento? Auténtica y afortunada puedo decirles que yo la Amo y creo que ellA tAmbién me AmA, en estA ambigua y anonAdada Aspirante a algo que soy. Quizás todo hayA sido porque desde muy pequeñA uso Anteojos, o A lo mejor, porque nAcí en el mes de Abril.

EL PLACER DE LEER

Aun cuando en aquellos tiempos cada día se presentara con arduos matices, ellos tenían en común el placer de la lectura. Asomados a las páginas de los libros, iban, vehementes, a la búsqueda de algo más que deletrear una escritura artística, pretendían dar un paso trascendental en el goce perfecto de leer.

Los seis conformaban un grupo atípico; leían en voz alta degustando palabras, paladeando el sabor añejo de la lectura en un mismo odre. No habían llegado allí atraídos por la costumbre de sus tareas cotidianas, ninguno estaba cercano a la literatura más que por nostalgia, pero una maraña interior -un peligroso juego -de difícil diagnóstico- los impulsaba a reunirse en ese antiguo local donde viernes a viernes, sacudiendo el polvo de los sillones, se sentaban a leer.

Desde una larga mesa, al fondo del depósito —utilizado alguna vez para entrada y salida de mercaderías— Alejo, único integrante masculino del grupo, proponía textos, subrayaba frases, entre pilas desparejas levantadas sobre el cuadrículo de las baldosas. En su juventud —la calvicie lo hacía mayor— Alejo se había

dedicado al comercio, labor que se vio obligado a abandonar en aciagas circunstancias políticas. Sin embargo, conservaba intacto el recuerdo de un aroma singular a papel entintado, compañero de sus mejores días. Cuando ese olor a libro reseco revoloteaba grácil en torno de sí, su nariz —proporcionada al óvalo de su rostro— parecía agrandarse, erigirse sobre el horizonte, y él, como si estuviera dominado por un estímulo desconocido, perdía su natural timidez y sonreía satisfecho. Entonces, adoptaba una actitud docente, gracias a la cual había sido elegido coordinador del grupo de lectura. Lo cierto es que su experiencia anterior, relacionada con la distribución de materiales literarios, lo convertía en pieza fundamental para detectar cuanta obra interesante estuviera escondida por ahí.

Los procedimientos seguidos por los lectores consistían en seleccionar los textos, el número de páginas a ser leídas, el nombre del encargado de la lectura, el cual variaba de acuerdo con un calendario previsto, y las medidas necesarias para mantener vivos los sucesivos encuentros.

El acto daba comienzo cuando Susana —ex operaria del taller, de edad mediana y grandes lentes de aumento—, especializada en seguir las líneas con la vista, hacía un movimiento enérgico con la cabeza, de modo que su flequillo veteado de canas bailara sobre su frente, igual que un director al inicio de un espectacular concierto. Durante la lectura ella contenía la respiración, embargada de silencio, instalada en el centro mismo del éxtasis. El movimiento de la mirada de izquierda a derecha permitía a los demás percibir que no terminaba muriendo. Y de allí arrancaba el renacimiento con una modulación rítmica espectacular.

El caso de Zully era especialmente curioso. Ella leía desde el principio, es decir, desde el nacimiento de la cultura, o de sí misma, o de su propia solemnidad. Representaba la pasión de los dioses, el culto a la comunicación simbólica, aunque, y tal vez por ello, no siempre era comprendida. Se dolía del paso de los minutos si se suspendía la lectura por causa de menesteres demasiado vulgares para ella. Solía caer en espasmos ante palabras que consideraba insuperables, y las repetía con frenesí. Mostraba cierto agobio a veces pero, en realidad, hallaba su equilibrio en ese espacio semioscuro, de vidrios de claraboya, por donde se filtraban nítidas las voces de los lectores, entre las cuales la suya golpeaba de pared a pared como en juego de pelota vasca.

Magdalena y Gaby compartían la cautela de seguir párrafo a párrafo la persecución de los vocablos en lentísima modulación, ante la temerosa perspectiva de que éstos se lanzaran sobre ellas. Aguzaban el oído con una especie de tic que las hacía mover la oreja en forma casi imperceptible —como el perro orienta su pabellón auditivo hacia el lugar de donde proviene un reconocible ladrido— e incluso, escoltaban con algún gesto de sus manos las notas acompasadas de la lectura. Ambas se complementaban en diálogo, como en un dueto en un escenario, alternando cláusulas una a una.

A Laura, la más joven del grupo, parecía tenerla sin cuidado la forma de leer o el estilo de los autores, imbuida por el entusiasmo que le provocaba el contenido, como si desprendiera el continente del texto, lo elevara por encima de la voz, y éste quedara flotando entre las paredes húmedas dejando al descubierto

las palabras descascaradas, en carne viva. A veces ella dejaba caer alguna lágrima sobre el libro abierto, lo cual —en medio de su protagonismo— ocasionaba inquietud al resto del grupo abstraído en una acción culminante. En esas circunstancias, la intervención atinada de Alejo, sagaz, al continuar la interrumpida lectura con su voz cálida acercaba serenidad, parecía arrullar los contenidos amparándolos bajo la silueta de un abrazo.

Ese aterido lugar destilaba un vaho tibio de páginas escritas, desde cada libro recreado por el acto de leer y de beber el aliento de los lectores entregados en una corriente de vida. Todos, unidos en el placer se adentraban sin pudor en un universo de hojas donde cada uno, desde su propio mundo, imprimía el tono preciso de su voz, como un musical instrumento.

El viernes habían llegado temprano, ocupados en desalojar estanterías que aún mostraban, en largas hileras, lomos de libros recubiertos de polvo. Como el sitio estaba frío, fue necesario apretar los sillones en semicírculo para que los volúmenes elegidos, desnudos en manos de los lectores, se entibiaran y pudieran sobrevivir. En medio de aquella noche, en un punto del embeleso de donde ya no es fácil regresar, nadie escuchó —sobre la palabra del lector de turno— cómo los pesados pasos invadían atropellados las instalaciones del taller de imprenta del coordinador.

Los uniformados, fusil en mano, revolvían cada espacio ávidamente y desparramaban tomos por el piso, castigando sus tapas con violencia, mientras los lectores se abrazaban para mitigar, ya no el frío, sino la tristeza de la visión del destrozo progresivo. Ahora sí, cada uno de ellos escuchaba el sonido del pliego

rasgado, los manotazos certeros, como aullidos desde el fondo de las palabras arrojadas contra las paredes.

Las estropeadas encuadernaciones diseminadas en el espacio del depósito, sin embargo, pudieron huir hacia el cielorraso por animación de las letras encaramadas en el papel. Volaban en hojas sueltas por el aire helado de una a otra esquina del techo exhortando en frases a la rebelión.

En tanto, los lectores con asco y asombro se veían arrastrados a empujones hacia la puerta. Fue en ese momento que Zully corrió imparable hasta la ventana, abriéndola de par en par, y mientras el viento irrumpía por todo el lugar, su voz salió despedida en un hondo grito hacia la calle. Allí mismo, sus compañeros presenciaron en silencio cómo montones de páginas liberadas se dispersaban en la lejanía.

BALANCE DE UNA BATALLA

Cuando la letra Be asumió su verdadera personalidad, mucha gente que la rodeaba pensó que parecía bastante voluptuosa. Sus líneas mostraban cierta dimensión sensual que la diferenciaban de las demás letras, sobre todo la mayúscula, porque la minúscula pretendía pasar inadvertida con un aire de em(b)arazosa maternidad que no a todos convencía. A pesar de que había nacido como un rígido rectángulo parecido a una casa.

Desde el principio ella había tenido resquemores hacia la letra A, porque el Aura de ésta primaba sobre los demás caracteres del alfabeto, y su altura la definía como alegre y amable, tanto que la Be no podía menos que sentirse en un segundo lugar.

Sin embargo, sus problemas más serios eran con su hermana Ve, más aun desde que a ésta habían dejado de decirle Ve corta para llamarla Uve**.** Una forma sutil de distinguirla, ya que su sonido no existe en el castellano.

En verdad, la competencia permanecía por las confusiones que se planteaban entre las letras y por lo que ellas representaban para escritores y lectores. La Be, en ocasiones, se sentía

desplazada, aun cuando era poseedora de un considerable volumen de palabras. Quién sabe qué pensaría la Ve, pues en buen romance "vivir es beber".

Líos, desconciertos o no, la Be se creía más importante que la Uve. Balbuceaba argumentos sobre bases bibliográficas y caía en discusiones bizantinas sin brillo. Afirmaba que en el idioma castellano se la identificaba con lo bello, en cambio a la Uve, casi Uvita, sin pizca de romanticismo, con el vello; y aunque ésta, en su cortedad, quisiera causar equívocos, nunca lograría su beatitud y belleza. En el inconsciente de esta letra existía la remota rivalidad de no haber sido incluida en la palabra "vida", que le correspondía por origen y que secretamente amaba más que a otros vocablos. Esa vieja Ve no tenía su génesis griega, reclamaba, ¡solo es una sin vergüenza!

Por lo demás, se consideraba bonita y buena, cuando belleza y bondad son cualidades apreciadas por la mayor parte de la Humanidad, así que vaya valla. A pesar de esto alguna gente del medio literario la consideraba boba, es cierto, pero era el riesgo de su coquetería. Había llegado a extremos de banalidad, contaban: bebía botella tras botella adorando a Baco en banquetes, bailaba boleros en barra y batucadas brasileñas en los barrios, jugaba barajas buscando birlar bastos, miraba el básquet desde las bancas, bautizaba bolas de billar y batía palmas con las bandas del baile. No era tan grave, pero algunos buitres se empeñaban en destruirla a lo bestia, lo sabía. Argüían que era una burla para el lenguaje, que creaba beligerancias en la escritura y no era bien-venida.

No obstante, ella no era burra y estaba dispuesta a enfrentar todas las batallas, brincar bardas y barreras, barrer basura si fuera necesario para triunfar. Tampoco era burda ni basta como pretendían sus enemigos a causa del vasto conflicto con su hermana Uve. El hecho de que ésta fuera más antigua no le arrogaba el derecho de tratarla como bribona y bandida, sostenía: al fin y al cabo era una Be grande, la otra sólo una Ve chica con mucho de vulgar.

Una vez dijo basta y le propinó una bofetada a la Uve, cuando la corta intentó rebelarse revelándose, pero ¿quién se creía? La larga tenía el bachillerato, bolsa y bolsillos llenos de billetes, en cambio la viperina era una vil vividora. Sin dudas, entre bienes y vienes, barón y varón, botar y votar, baca y vaca, hay buenas diferencias que bien bailan y bien vienen, blandía convencida. En esas condiciones se beneficiaba de su amistad con banqueros y bonificaba sus ganancias con balances benévolos en su propio bienestar. Para sus otras hermanas del alfabeto tenía sólo blasfemias, comentaba que eran una banda de bárbaras y babiecas, lo que develaba un problema de identidad que le impedía admirar a alguien más que no fuera a sí misma. Es más, basada en su torre de Babel manifestaba que su pronunciación permitía el paso breve del aliento por la boca, pero por los labios, no por los dientes.

Los problemas sobrevenían cada vez con más brío hasta que las compañeras del grupo letrístico comenzaron a incomodarse. La Be mostraba una posición claramente bélica, hablaba de bombas y balas, y no parecía broma, por lo cual todo el abecedario se reunió en pos de una solución al brete acontecido en el vocabulario.

No era posible permitir el vandalismo entre las letras que conforman las palabras en una lucha vana y barata como la competencia. En esta batalla, los de afuera del lenguaje aprovecharían para dividir y acallarlas aún más. Era evidente que la Be no tenía conciencia definida del verbo ni de los valores, por lo que había que dejarla en banda o ponerla en su sitio.

El bochorno que sintió la Be larga cuando le hicieron notar su barriga no fue tan grande como cuando le informaron la resolución de la asamblea del alfabeto: que si no terminaba con sus deformaciones burguesas y su básica brutalidad, la borrarían de la Biblia, del Budismo, de los cuentos de Benedetti, de los poemas de Borges, de las películas de Buñuel, la dejarían sin besos, sin la balanza de la justicia, y se quedaría para siempre en la burocracia.

LAS HUELLAS DEL GATO

Leticia encendió un cigarrillo aunque no fumaba, puso al fuego la cafetera aunque no tomaba café y se sentó a la mesa con la intención de escribir. Hacía ya tiempo que deseaba intensamente hacerlo, pero el cansancio de todas las horas sobre ella parecía provocar que sus letras brotaran en forma de graciosos dibujos, no siempre entendibles. Sin embargo, a pesar de todo, estaba convencida de que alguna vez podría desbordar aquella inquietud escondida en su interior.

Antes que nada, mejor dicho antes de encender el cigarro, poner al fuego la cafetera y sentarse a escribir, había buscado lápices, elegido pinturas de diversos colores, lapiceras, tizas y garabateado la hoja que ahora lucía sobre una mesa llamada por ella su escritorio. También había escogido una serie de revistas ilustradas en las cuales, con algún subrayado sobresaliente, se hablaba del oficio de escribir, del arte de la lectura y el estilo, de la magia de los signos, a las que apiló en una especie de torre inclinada cerca de la silla.

Aun cuando la cocina no tenía el mejor aspecto ni la ambientación adecuada para la ocasión, se dijo, tampoco era un

lugar inhóspito. El calor llegado desde el fogón como viento del trópico y los maullidos desaforados del gato, su compañero, la unían a un mundo que se antojaba irreal, pero suyo. "Como si estuviera en la selva", sonrió.

Un olvidado sacapuntas y una goma de borrar aparecieron en el cajón de los cubiertos; encontró un bolígrafo de doble punta extraviado, mientras se enorgullecía de pensar que no era de las perdedoras de objetos. Por el contrario, la entusiasmaba acumular todo cuanto le pareciera de utilidad.

De su única habitación había acercado una lámpara azul que instaló sobre la mesa, hojas de papel de diferentes tamaños, seleccionadas al azar entre un montón de bolsas de plástico, dos carbónicos gastados en el centro, una carpeta dura hallada en el fondo del armario, un par de cuadernos con algunas páginas inexploradas, y ahora sí, después de todo, se decidió a escribir.

Como se sentía encerrada abrió la banderola que estaba a su izquierda; el viento del anochecer hizo bailotear los cabellos sobre su rostro y le dio cosquillas. La entornó y volvió a sentarse, esta vez cuidando de poner sobre el asiento el almohadón pintado a mano por ella.

El cenicero, se dijo, faltaba un sitio donde descansar la figura del cigarrillo y la brasa indefensa de la ceniza que caería, tampoco estaba el abrecartas, la engrapadora, los marcadores, el portalápices, aquellos elementos encontrados quién sabe cuándo en quién sabe dónde, pero útiles. Ubicó mentalmente los posibles lugares en donde cada cosa estaría guardada, y fue directamente

hasta ellos acercando de paso un pisapapel con forma de búho que había quedado distraído en el frutero.

Por fin tomó aire al tiempo que el lápiz negro, el cual molestaba la piel de su dedo índice: "falta de costumbre", suspiró profundamente. En un instante soñó con una computadora, una autómata productora de palabras que redactara todo aquello no dicho, o que escribiera sola, por su cuenta.

El olor del gato no la dejaba concentrar. Trató de pensar sólo en aquello que deseaba trasmitir, como le habían dicho, pero solo veía a una niña llorosa con su cara, un libro de escuela destrozado una y otra vez… El humo del cigarro se le metió en la mirada cuando el ojo miope pedía lentes. Increíble haberlos olvidado en esta circunstancia, caviló, pero ya se había habituado a ver sin ellos. A Leticia le parecía que éste era el momento indicado para usarlos.

Los lentes ajustados a la nariz, entrecerrando los párpados, ella realizaría su sueño de escritora sin contratiempos, escribiría lo que siempre había deseado. Todo estaba dispuesto: los codos sobre la mesa, ahora un bolígrafo flotando entre los dedos, la hoja blanca aguardando como a la espera de una decisión fantástica que le permitiera revelarse por fin.

Cuando apoyaba la lapicera resuelta a correr el riesgo de expresarse, el gato dio un brinco, danzó sobre los papeles expectantes sobre la mesa. En el centro vacío de la página quedaron huellas, en un itinerario sin rumbo, como puntos y comas de unos dedos delineados simétricamente.

Fue entonces, al recorrerlas con la vista aumentada, cuando Leti vio con claridad lo que intentaba decir por escrito: la cocina

donde pasaba la mayor parte de su tiempo, los trastos sin lavar que ya detestaba, el tarro de la basura forrado del diario que no sabía leer, el café que ya golpeteaba la tapa de la cafetera, y esas ansias de escribir que le llegaban desde aquel día cuando tuvo que dejar indeleble la huella de su pulgar en el espacio de la firma.

una opción considerable

Aquel día, cuando comencé a escribir, sentí una molestia progresiva hasta el punto de temblar de indignación. Era otra jornada de trabajo con la guardia intermitente de mi jefe desde su bien ubicado mirador, y esa interacción alevosa, rutinaria entre ambos.

Reflexioné sobre algunos aspectos del lenguaje escrito y decidí verter las ideas de una vez; demasiado tiempo me han hecho perder sueño y vigilia y llegó la hora de ver la sombra de mis palabras, una a una, no importa con qué visor.

El tema de la escritura me ha obsesionado un tanto, lo reconozco, pero ya no puedo continuar con meros juegos intelectuales sin divulgar mis cavilaciones maduramente. Si no, se me atraganta el abecedario y empiezo a destilar una tinta ácida, ideal para mi úlcera gástrica pero no para mi irónica esdrújula.

Fue entonces, mientras dialogaba con el teclado de la máquina de texturar, cuando percibí que la causa de mi inquietud era la altura de las letras:

Son evidentes las diferencias entre ellas, algunas sobresalen naturalmente sobre otras, a simple vista un texto semeja el perfil de una

ciudad en el horizonte, casi no se usan las letras cuadradas, pero existe una deliberada e injusta diferenciación entre las llamadas mayúsculas y minúsculas. Con las primeras se pretende imponer autoridad o, mejor dicho, expresar un grado superior, disminuir a las segundas sin tener en cuenta sus contenidos ni el lugar que ocupan. Porque las minúsculas son miles de voces emergiendo de pequeñas torres. Entonan un coro diverso y sólido.

En ese instante el jefe pasó a mi lado dejándome caer una mirada de desprecio. Era una actitud tan cotidiana de su parte que no me intimidó, levanté levemente la cabeza y seguí tecleando con pasión las letras de mi piano de escribir, pequeños tonos de alumbramiento textual:

A veces se escriben palabras con mayúscula cuando se refieren a algo determinado, por ejemplo a alguien: Don, Señora, Señor. Sin embargo, amante, persona, compañera o compañero se escriben con minúscula. ¿Han visto semejante absurdo? En ocasiones la mayúscula está en fechas, en los meses del año, pero jamás aparece en la palabra tiempo, calendario o agenda. ¡Qué reglas disparatadas! Se establece que los nombres propios deben escribirse con altas, *así se las llama, porque implican particularidad. Pero ¿quiénes son los propietarios? ¿Acaso los millones de Marías y Juanes demuestran identidad a causa de la letra mayúscula? En cambio, madre, hermano, amiga, se escriben con minúscula sin discusiones sobre su peculiar inicial. ¿No será que nos distinguimos por razones más nobles que los nombres más o menos encumbrados?*

Esta vez, mi jefe se detuvo frente a mí y de su enorme boca brotó una lluvia fina de saliva entre frases hirientes que de tan

repetidas en mis oídos ya no me tocaban. Pasaron sobre mí como mosquitos zumbadores sin llegar a distraerme y continué ejecutando mi melodía:

Después de punto, las normas académicas obligan a comenzar la escritura con letra mayúscula, desde que ésta dejó de ser la única figura en el primer alfabeto. Las cláusulas, pienso, tienen la misma trascendencia salvo que los escribientes decidan destacarlas por su misión comunicante. ¿Por qué empezar con grandes y no con chicas, con altas y no con bajas? ¿por qué al inicio y no al final? He descubierto en este tema un ánimo de poder sobrecogedor, una oposición que necesita resolverse en convivencia con las letras, en el ejercicio diario de la escritura, en el oficio de elegir la forma de acercarnos, sin exaltaciones personalistas ni reverencias.

Cuando la preocupación por el asunto creció provocándome un desasosiego que me apartaba de los más elementales menesteres, decidí consultar a un escribano para plantearle mi tesis y legalizar una demanda en contra de editores y correctores sumisos. Me dije: en mi carácter de escribidora tengo que impedir cualquier intento de discriminación en el lenguaje escrito pues, al fin y al cabo, si todos tenemos los mismos derechos, también las letras.

Pero la escribanía pretendió apabullarme con palabras rimbombantes para justificar el uso y abuso de la orgullosa letra, llamada capital como la peor pena, y consideró inconsistente mi planteo. Los escribanos no merecen llamarse así, porque no defienden el lugar etimológico de su profesión; por lo menos digo este tipo que encontré en la sección jurídica de la planta alta, alejado de la planta baja:

Ya no es posible continuar el trabajo con naturalidad una vez comprobadas las malignidades que se cometen con letras pequeñas de bajo perfil, los arrebatos emocionales sufridos por éstas cuando se opta por la jerarquía y son sometidas a las arbitrarias decisiones de quienes las utilizan. Las miro cabalgar en esta máquina sin la participación de un subrayado o de otra herramienta que las destaque. Son víctimas de una voluntad ajena, no de la mía.

Hoy resolví escribir esto a riesgo de desprestigiar mi imagen y de recibir motes poco creíbles en el arte plumífero, pues quien más quien menos tiene su verdad guardada entre montones de páginas escritas en cualquier tipo de idioma.

En esta circunstancia, el jefe golpeó con el puño sobre el escritorio. Fue un golpe sordo, opaco, como de aire comprimido, más que una forma de llamarme la atención fue como una descarga de fusil. Levanté la cabeza con cierto agobio, pero no lo miré y ordené en silencio las hojas esparcidas antes de continuar:

En el conjunto de las letras las mayúsculas son escasas, caminan desperdigadas, fueron desplazadas poco a poco en casi todos los lenguajes, basta mirar un texto para verlas separadas. Aparecen al principio de un párrafo o de una palabra, aisladas entre sí recayendo su poder únicamente en la altura, en su elevación. Y cuando se juntan con otras vociferan violencia, sobre todo si son párrafos completos, un grito enérgico. No quiero exagerar la entonación de mis observaciones, pues sé que a veces es conveniente destacar la importancia de algo o de alguien, ¡pero no me digan que no es injusto escribir Doctor o General con mayúscula y carpintero o albañil con minúscula!

He llegado a la conclusión de que existen dos opciones: una, la de ubicar a las mayúsculas entre las minúSculas para neUtraliZar su pOder iniciático. La otrA es más compLeja perO no imPosible: eliminarlas.

en mi minuciosa tarea, pasito a paso, me estoy transformando en oficiante de la escritura, tal vez con algo de idealismo trasnochado en estos tiempos en que los mismos correctores de páginas están desorientados y nadie se pone de acuerdo, sólo en fórmulas técnicas que desesperan. a tal punto me apasionan las delicadas tramas de las letras que, sin dudas, estoy construyendo las bases del futuro lenguaje sobre el que escribirá la humanidad.

porque mi jefe lo sabe, es que casi no me deja escribir y me envía a hacer trámites por las calles todo el día, aun cuando casi no escucho sus órdenes, caídas como trampas sobre mi cabeza.

a través de la ventana que da al obelisco entraron ecos de una marcha, me levanté lentamente y fui hasta el balcón donde ya estaban algunos compañeros de trabajo mirando hacia la avenida. el jefe avanzó detrás de mí tropezando escritorios y sillas, me di cuenta pero no me importó.

las letras iban con una pancarta enorme al frente, bajita pero ilustrativa, que lucía una leyenda menuda; observé cómo los fotógrafos de la prensa dirigían sus cámaras hacia la columna compacta, seguramente admirados por tamaña visión.

me sentí feliz y dejé de temblar, sabía de antemano el motivo de la sublevación: allí estaban ellas ahora, las enormes minúsculas avanzando sobre el asfalto interminable de la página en blanco.

el grito terminante de mi jefe, definitivo, sonó como erupción de volcán, esta vez ni siquiera alcé la vista, caminé suavemente hasta la escalera, subí, y desde el cuarto escalón me lancé con todas mis fuerzas sobre su mayúscula estatura.

EL ESPECTRO

El semáforo se prendió dos veces seguidas: primero rojo, después verde. El conductor que guiaba el coche azul titubeó, luego puso la marcha. De inmediato el semáforo cambió a amarillo y comenzó a titilar. "Atención", pensó. Se detuvo mientras a ambos lados automóviles de todos los colores corrían libres sin prestar cuidado a la señal. Al momento apareció el rojo, entonces, aflojó la atención y descansó. El sol destacaba con nitidez las flores de los canteros que dividían la avenida en dos grandes ríos. Los múltiples tonos lo deslumbraron invadiéndolo de matices.

Reflexionó sobre algunas inquietudes que lo molestaban desde hacía algún tiempo. Le proponían un nuevo trabajo, con mejor sueldo, pero no le gustaba dedicarse a los negocios. ¿O sí? Era una presión psíquica difícil de soportar, como el deseo de ganar en el juego pero haciendo alguna que otra trampa, así lo veía. Siempre había deseado elevar su posición, ¿a qué otra cosa podría aspirar?, pero el asunto consistía en hacer que coincidiera la satisfacción personal y el dinero, la tranquilidad de conciencia y la

comodidad. ¿Cómo lograrlo, si todo representaba una moneda al aire de caída incierta?

En su puesto actual le habían prometido un cargo de supervisor. Era un orgullo que no podía desdeñar, pero temía la reacción de sus compañeros. Todo esto lo mantenía inseguro, como un prisma de cristal por el que atravesaban múltiples rayos luminosos.

Miró la luz roja fijamente. Los pétalos de las flores en los canteros fueron perdiendo brillo. Los letreros con avisos publicitarios tomaron inquietas tonalidades fosforescentes. Un niño se acercó a venderle violetas y él se quedó mirando los ramitos, sin hablar. Las relaciones de pareja lo confundían aun más, siempre interpretaban como debilidad su deseo de llegar a ser el mejor. "No tengo estímulos", meditó, frotándose las ojeras. El semáforo cambió por fin al verde; en tanto volvía a poner la marcha pasó de súbito al amarillo y una multitud de negros automóviles se le echaron encima desde la calle transversal. Atento, movió la palanca de velocidades y apagó el motor.

Su vida estaba signada por los reclamos. Desde niño, su madre ejercía un fuerte poder sobre él. Le pedía mayor independencia al mismo tiempo que le demostraba su insignificancia frente a ella. "Maldita vieja", sonrió con un dejo compasivo de amargura. Los compañeros de trabajo le pedían compromiso con el sindicato, los jefes mayor eficiencia, ¿cómo saber quién tiene razón? "La gama de colores que presenta el espectro es de tal forma infinita, que resulta imposible elegir", reflexionó, "¿quién soy yo?".

Sintió que sus manos se iban enfriando. A ambos lados de su carril dos coches aguardaban el paso, igual que él. El coche blanco tenía los faros encendidos, lo que lo hizo reaccionar. No había percibido que su auto estaba con las luces apagadas. Las prendió; una lluvia de partículas anaranjadas cubrió el espacio delantero quedando suspendidas en su retina. Redujo la potencia de las luces al mismo tiempo que continuaba con sus pensamientos.

No se explicaba por qué había gente a la que irritaba su manera de ser. Tal vez veían en él lo que no osaban ver en sí mismos. A lo largo de su existencia había optado por hacer lo que debía, pero en su fuero íntimo deseaba hacer todo lo contrario. "No seré el único", se dijo. Sin embargo, no se sentía cómodo, había algo que lo dejaba sin justificación, siempre le quedaba alguna duda.

El coche verde que estaba a su izquierda emprendió veloz camino y lo miró con una sonrisa metálica que él tradujo como irónica. Puso entonces sus manos en el volante desafiando al semáforo. Este estaba fijo en el rojo. Vaciló cuando vio que el coche blanco de su derecha prosiguió viaje tras el verde. "No piensan en que pueden causar accidentes al no cumplir las reglas", habló, en voz alta, como esperando que alguien lo oyera, y no arrancó. Estiró sus miembros y notó la frialdad que se iba apoderando de sus piernas. Se sintió fatigado como nunca.

La noche resplandecía a través de las luces de los faroles de la avenida, que se cernían como fantasmas sobre el coche azul, diluyéndolo en claroscuros. Observó que había decrecido el ruido exterior que lo había hecho cerrar el vidrio de la ventanilla. En cambio, los colores de las letras en las fachadas de los comercios

se hacían más intensos. Parecía que las rodeaba un movimiento colorido que lo obligaba a leerlas. La sirena de una ambulancia lo rescató de sus reflexiones, vio la cruz roja reflejada en su espejo retrovisor. Un escalofrío prolongado lo recorrió, luchaba contra una amenazadora ilusión parecida al miedo.

Estaba casi convencido de la necesidad de medir los pasos para no equivocarse. Asegurar el futuro en cada pisada, pero tampoco perder de vista hasta dónde quería llegar. "Tengo que ser paciente, no correr riesgos inútiles", consideró, "en una situación de crisis todo es inestable, para qué correr".

Experimentó sensación de hambre pero fijó la mente en sus problemas y logró sublimarla. La noche se había oscurecido de tal forma que sólo centelleaba el círculo amarillo del semáforo. Parecía un sol inmenso, tanto que le ardieron los ojos. Puso en marcha el coche para calentar el motor. "Tal vez me distraje", dijo al espejo, "y no vi cuando pasaba al verde". Verde, pensó, le gustaría estar tendido sobre el pasto, llenarse de aire limpio los pulmones. La calle desierta lo asombró, ¿habría pasado mucho tiempo? El calor del motor lo ayudó a aliviar en algo el dolor que sentía ahora en todo el cuerpo. Sin darse cuenta se había ido entumeciendo poco a poco. El semáforo lo miraba como cíclope, ahora otra vez rojo sangre. "¿Estará descompuesto?", se preguntó.

Miró a su alrededor, no había gente, ni autos, ni perros, ni patrullas, nadie. La calle se abría enorme, incierta, ofreciéndole todo su espacio libre. Reconoció el temor ahora y tembló. Puso primera y estaba por arrancar cuando el semáforo bruscamente le

guiñó y volvió al amarillo. “Atención”, repitió, “no está dañado”. Siguió esperando.

El sueño le sobrevino de improviso. Se presentó en diferentes planos superpuestos, como un *collage* de focos que se prendían y apagaban. Sus párpados cayeron cansados y se durmió.

Despertó asustado. El asiento del coche estaba mojado, le dio mucho frío. Las articulaciones eran como nudos que se apretaban más con el movimiento. Quiso incorporarse para salir pero no lo logró. Vio el día amarillento que se asomaba a través de los vidrios sucios. Bajó el de su lado; entre el ruido creciente de la ciudad y el aire cálido terminó por despertarse.

El semáforo continuaba en rojo. Se puso nervioso, la boca amarga, llamaradas en sus pupilas. Prendió el motor con rabia, esforzándose por mover los dedos paralizados, en tanto los autos multicolores corrían a ambos lados. Los vio grises, borrosos. Pasó la mano por su cara y le raspó la barba crecida.

Mientras las lágrimas de colores descendían en tropel desde sus ojos inflamados, el semáforo destelló un color impreciso, indefinido, neutro. Un torbellino de luces subió hasta su rostro. Entonces, antes de empalidecer hasta el blanco, pudo ver la luz verde del semáforo que le daba permiso para continuar la marcha.

COLECCIÓN CASI COMPLETA

A la memoria de mi maestro,
el poeta guatemalteco Carlos Illescas

Desde tiempos inmemoriales la letra Ce había sido para mí un dolor de cabeza, una sensación de crisis cerebral continua. Cuando aprendí a leer, ella hacía titubear mi brillante leCtura, ¿cómo pronunciarla? ¿como Ese? ¿como Zeta?, más aún cuando escribía, ¿en qué casos utilizarla si se tornaba engañosa para escribas y comunicadores?

Es que aprendemos antes que nada la forma de las letras, la pronunciación de sonidos que parecen chistidos o globos desinflándose —en este caso—, o cascados cortes, pero no su origen, los signos creados para comunicarnos. Aun cuando la C, con su joroba de camello, era consciente de lo que le debía a la Ge, las preguntas se sucedían cíclicamente sin contestarse.

Ciertamente, me costaba definir los límites entre Ese, Zeta y Ce, no tanto con la Ka, que por su carácter extranjerizante procuraba no usarla con frecuencia en la escritura. Además, por su aspecto arquitectónico, la Ka siempre me había parecido más constructiva para las palabras kalle o kasa, no para la cebra, por cierto.

Como mi interés era escribir, con el paso del tiempo y algunas reglas ortográficas aprendí a manejar a la Ce como si con ella timoneara una avioneta. No por ello perdí ciertos prejuicios que condenaban su existencia, así que abandoné por un tiempo mi inquietud por otras letras menos cuestionables, y asumí de lleno el cuidado por la Ce buscando encontrar algún motivo que la calificara y me conciliara con sus cláusulas cómplices.

Compré cuadernos con hojas de colores para escribir Ces de diferentes formas y tamaños, así como palabras que amenazaban comenzar con esa confusa letra. Después de cincuenta y cuatro cuadernos completos de palabras iniciadas con Ce, consulté a catedráticos capacitados en la lengua para no confundirme y caer en cacerías sin control que me cargaban de culpas. Menudo complejo el mío ya que ellos acentuaron mi caótico comportamiento.

Cada palabra nueva descubierta me causaba gran entusiasmo, cosquillas y contoneos involuntarios; corría a escribirla correctamente en mis coloridas cuartillas, pero siempre había algo que me dejaba cargando la cruz en la cúspide de la cólera.

Sin dudas, la Ce tenía algo de contradictorio, tal vez porque con esa letra se puede escribir desde cariño hasta cabrón, de comicidad a cadáver, de la cerrazón a la clarividencia. De todas maneras, el acto de escribirla me había ofrecido la posibilidad de compenetrarme con ella, y su forma de cuarto creciente me permitía estar en la luna cantando durante largo rato mientras mi madre creía que estaba centrada en el colegio. En esta circunstancia clandestina me gustaba crear códigos de comprensión, en tanto volaba como un cohete por el cielo dejando cautos paréntesis

casuales entre las letras del abecedario. Como ella era un paréntesis yo tendría que esperar callada hasta conocerla en su justo centro.

Un día pensé que la inseguridad que me causaba podría ser consecuencia de su propia indefinición. Era la mitad de todo, de un globo aerostático, de una naranja, del sol, de una cara, de un cero. Tal vez, hasta la letra O se burlaría de ella por in-conclusa aunque formara parte del círculo y la circunferencia; pero cuando percibí que en la letra manuscrita la Ce parecía una espiral, me pregunté si no sería más profunda de lo que aparentaba, mejor que cualquier círculo vicioso que no conduce a nada. Así fue que recordé la belleza clásica de los caracoles y me dediqué a coleccionarlos con la convicción de a-cercarme cada vez más a esa letra de cuento corto.

Guardaba las caparazones junto a los cuadernos —que en ese entonces llegaban a ciento cuarenta y cinco— convencida de su cadencia cautivadora. La Ce tenía derecho a continuar en el mundo conocido de la lengua castellana y a coexistir con la comunidad letrística.

Cuando conocí a Carmen yo estudiaba Letras; ella me mostró, a manera de presentación, un collar con una caligráfica Ce que colgaba ceremoniosa de su cuello, y capté conmovida que se veía complaciente y coqueta. Centelleaba cristalina, caía como cascada sobre su camisa celeste con cierta candidez. Con Carmen conversábamos a menudo de concursos y clases en cualquier café de la ciudad de Cuernavaca, y una vez me confesó entre copa y copa de su gusto por el cognac y la cerveza y su cuidado obsesivo

por las cajas cerradas con clavos como cofres de castillos celtas. Fue una sorpresa colosal para mí pues la encontré cercana, y ahí nomás cancelamos las cuentas cantando a coro cuatro o cinco cumbias colombianas.

Después conocí a Carlos en la cátedra de crítica, culto, centrado, ante mis cuestionamientos fue contundente: la clave de mi celo por la Ce, se debe a que todos los caminos conducen a ella, cita conocida pero compleja en el caos de las ciudades cosmopolitas. Yo le había contado de mis conflictos con aquella letra y me comprendió cabalmente porque él amaba como yo las caricias y las cantinas, pero no la crueldad y el cinismo.

Carmen y Carlos, y después Claudia, pasaron a ser mis caros compañeros, compartían mis cavilaciones, consultas, consejos, cursos, hasta que una ocasión célebre comprendimos que la Ce es una letra curiosa con aspecto de cinturón sin abrochar, candado por cerrar. Consideramos que el alfabeto debería llamarse Cedario, un concepto concebido como celebración a una letra común, que se incorporaba al cine y a la cultura en general sin necesidad de cercos, claques y cabriolas.

Cansada ya de influencias ceístas, casualidades, competencias, decidí cogerla por los cuernos. Al fin, ella conforma el corazón y la cabeza, partes cruciales del cuerpo, tal como la cara y su contrario. Me dio gusto comprobar coincidencias y contrariedades, canales de comunicación en los humanos. No en vano desprecio los castigos, la cobardía y combato con confianza por conquistar una contundente conciencia crítica.

Desde ese momento pensé que en lugar de Ce podría llamarse Co, y co-laborar, co-operar, con compañeros y compañeras por el cambio en el lenguaje, pero con el correr de los años sobre mi empecinado cerebro, me di cuenta de que los nombres de las cosas no tienen caso. Son como celdas vacías. Por eso me dediqué concretamente a contar claramente.

Me congracié con ella por completo cuando al revisar mis ya cuatrocientos cincuenta y cuatro cuadernos de palabras comenzadas con ce, descubrí una multitud de hoces alzadas entre las letras de centenas de cartas llegadas a mis costas. Casi caigo de cúbito por la emoción. Hasta coreé consignas caducas.

Entonces, coloqué a la letra Ce frente al espejo cuadrado del comedor y vi su otra cara allí, completando su figura con un hermoso signo convexo que parecía sonreírme con la boca de costado. La concavidad de la Ce mostraba su característica de canción incompleta, de crimen sin cometer, de carretilla sin cargar. Y la imagen convexa de la letra convocaba en su reflejo al ciclo completo: la común certeza de los que miramos más allá del convencionalismo cotidiano construyendo caminos compartidos. Fue entonces, claro, cuando la saqué para siempre de la cárcel y de la censura y nunca más me tiré de mis castaños cabellos.

LA BASURA

Estuve en plena descarga de basura toda la mañana. No había ni pizca de sol. Bajé los pulidos escalones con cuidado, para no esparcir entre los vecinos los olores incomprendidos de los residuos. La basura llega siempre por la noche, aunque sin horario fijo, acumulando los desechos del día que acaban pudriéndose; después tendré que volver a reunirla paciente y a vaciarla como corresponde a un ciudadano preocupado por la higiene pública.

La de anoche subió por la ventana que da al sur. Fue un giro súbito que no dio tiempo a cerrar los postigos, abiertos de golpe, casi hambrientos. También entró barro adherido a las suelas de mis zapatillas y fragmentos de galleta que alguien dejó caer, tal vez en la desesperación por ingerir o masticar. A esta materia hay que sumarle la basura incorpórea que se apila con el paso de los años, envejece y se descompone adentro de tanto amontonarse en espacios de soledad. Aunque esa afortunadamente no ocupa demasiado lugar.

Y hay otra que llega sin darme cuenta, no sé si desde adentro o afuera, la que descubro en el aire cuando al salir de la ducha

me enfrento a una neblina de partículas vagabundas que rebotan en el piso o en el techo y me dejan el cabello ríspido, la piel sinuosa, si así puede llamarse a una senda extraña de vetas parduscas en la cara.

Si en algún momento atravieso el rayo que filtra por el vidrio de la banderola, siento cómo me invade su presencia, tan altiva que no puedo evitarla. Desde su asiento flotante parece dominar la situación con aire de basura digna. Ahí está, difuminándose en los resquicios de las baldosas por donde caminan hormigas, en las grietas de las paredes, como gotas de humedad o manchas que se derraman sobre mi cuerpo.

Cuando se instaló en mi pieza, hace ya unos cuantos años, supe que mi basura tenía mucho de indiscreta, era una presencia vigilante e ineludible. La observé con cierto beneplácito: "visitas", dije, y me dispuse a reunir fósforos apagados, pelusas, pelotillas de papel, sedimentos de polvo, objetos descartables que parecen no tener importancia, que no se sabe de dónde surgen ni adónde llegarán. La visión comenzó a hacerse constante día a día y noche a noche, y su desenfado me comprometió de tal modo que el examen minucioso se transformó en una rutina obligatoria para la convivencia.

Antes la habitación que ocupo lucía prolija, el tema de la limpieza no me quitaba el sueño, ni la palabra pulcritud afectaba mi espacio textual. Más bien sobrevivía como tantos en medio de la impureza de la calma. No obstante, las bolsas de plástico comenzaron a ser insuficientes para descargar la basura recolectada en mi casa sobre el montículo de la calle. Bajaba los tachos con

agitación correspondida, contando los peldaños de la escalera que tantas veces tenía que recorrer ida y vuelta.

Al mismo tiempo, iba desarrollando un sentimiento piadoso o de respeto hacia esa criatura que demostraba carácter en su estampa casi artística. Se estremecía a sí misma y parecía danzar cuando calibraba su variable peso. Entonces, dejé de someterme al riego de la ducha e inventé una especie de juego en que la esperaba con ansias, cada encuentro tenía un aspecto de clave que despertaba mi curiosidad. A veces llegaban objetos informes colados por el tragaluz resquebrajado de la cocina, y en la mezcla aromática yo creía encontrar un color o varios, según la hora del día. Otras, encontraba pisadas en el quicio de la puerta, rastros de algo que parecía haber entrado o salido sigiloso. Cada pista disparaba una nueva clave, cada vez más difícil de desentrañar, pero también más desafiante.

Lo más provocador fue cuando empezaron a arribar avisos ilegibles, volantes con letras extrañas, trozos de documentos tachados, cartas manuscritas como si fueran rompecabezas, pliegos que parecían versos corregidos. A esto se sumaron recortes de diarios con noticias inconclusas rasgadas en mitad de las palabras y fotos mutiladas por láminas de tijera. Esa circunstancia no pude soportarla, me asaltó un mareo y caí al piso como una bolsa. Después de despertar del desmayo me armé de una escoba y me dediqué a acumular cerros de desperdicios en los rincones, los que me hicieron sentir en la placidez de un valle. Las letras no eran del alfabeto usual y por ello me desconcertaron, pero los grafemas despertaban sonoridad al caer al piso, una forma de llamado extemporáneo, rítmico, al cual no sabía cómo responder.

Un día llegó un pájaro moribundo. Supe, desde que lo encontré despatarrado bajo la ventana, que había sido enviado como un resto abatido del cual ya nada se puede esperar. Su pecho abultado subía y bajaba con un movimiento que me produjo escalofríos, algo así como pena mezclada con sorpresa. En pocos segundos, ante mis ojos, se transformó en basura, y esa noche ya no pude tenderme en el valle a descansar. Soportar la visión del proceso de conversión del movimiento en quietud no había sido tan doloroso como distinguir el breve pasaje hacia el descarte completo.

Pero poco a poco la cotidianidad de esas visitas, los signos que aparecían desdibujando las reglas de los primeros juegos inocentes, el placer de aquella coexistencia multitudinaria, me llevaron a aceptarla como a una acción colectiva de la naturaleza que permite la comunicación a través de los restos, una serie de significados transitorios que es necesario develar para completar el sentido mayor.

Ahora permanezco en la habitación en el intento de desentrañar palabras totales tiradas en los renglones del piso, o de reconocer mi propia mirada en los crecientes despojos. Entablo un diálogo sin resistencias, armo mi acertijo eligiendo cada pieza en correspondencia.

Esto sucede avanzada la noche, cuando la ciudad respira por las cañerías, no se ve a nadie y las ratas salen a corretear buscando alimento. Tal vez sean ellas las que arrojan lo que no les interesa como un disparo al aire, las sobras se elevan y penetran por los cristales traslúcidos del apartamento y atraviesan el parabrisas

de mis anteojos. El viento empuja los desechos más livianos hacia mí, me tocan y vuelan, perdiéndose. Los he visto borrosos cuando planean al entrar en la pieza, picoteando apenas las tapas de la ventana que siempre dejo abiertas.

Una vez, antes de anochecer, me atreví a leer envíos que la basura transporta en papeles arrugados. Fue tan grande mi asombro que decidí guardar ese tipo de recados en un cajón donde deposito los descubrimientos extraordinarios. Ella es la basura que me visita con más frecuencia. En los mensajes descubro textos que nombran sobras intemporales arrastradas desde cualquier lugar, que despiden emanaciones perturbadoras pero pueden ser recicladas y convertidas en historia. Y pude esconder allí relatos que se fueron escribiendo con palabras fragmentadas, pegoteadas en hojas de diferentes tamaños y colores, sin fecha de llegada, alojadas al azar con un sentido altamente literario.

Para residuos de otro calado recurro a una caja de cartón de grandes proporciones, donde clasifico en forma pormenorizada los distintos materiales. En este caso, los papeles o páginas de libros están claramente descartados hacia el cajón extraordinario, por ello esta gran caja puede ser desechada en el momento necesario, a lo mejor cuando está llena. El cajón, en cambio, permanece insondable.

Eso sí, elijo lo que todavía puede ser útil, para no repetir errores de la mala memoria y buscar después lo que ya está perdido, aunque sea una pequeña hebra o una semilla. Mientras tanto, tengo mi casa abierta al aire para que ingrese toda la basura posible, sin frenos de puertas y ventanas. Procuro conocer los secretos

de cada desperdicio que se acerca, penetrar hasta el misterio del gestor que habita en su real contenido, percibir su pasado.

Ya casi no uso recogedor, ni es indispensable el agua ni la limpieza, me gusta archivar la basura sólida con mis propias manos a medida que la traduzco. Tiro hacia el cielo lo que no sirve, cuando velozmente pasó hacia la inutilidad definitiva, o lo deposito en la calle después del desayuno, durante toda la mañana. Necesito espacio donde caminar por la senda de migas de pan que se dirigen hacia mi cama. A mi alrededor queda un atajo iluminado por un reguero de restos junto a una cordillera de buena basura, incluso excelente, suelta o en cajas, lista para salir.

La clasificación resultante la he calificado de la A a la Z, y las primeras selecciones me llegan al alma, por eso no me molesta que se metan en mis libros en diálogo con los ácaros y la espesa pelusa de los estantes. Aguardo la marcha de las horas para observar la llegada de nuevos mensajes junto con la noche y proseguir el transcurso de sus huellas. Es más, algunos textos que creía desechables, les he encontrado una razón de ser y de dejar de ser, como cualquier ser viviente, en un encuentro interesante de términos, y dentro de mis recipientes ellos se han convertido en basura rescatable. Incluso algunos parecen terminar en sílabas de mi nombre. Creo que podré encasillar los restos calificados en cuadrículas verticales y horizontales para inventar nuevas palabras en los cruces de caminos.

Todavía no han llegado las respuestas que espero, ni rescatado del olvido lo que ha sido tirado por otros sin miramientos, y cada día que pasa se acrecienta mi ansiedad junto con las pilas de

residuos. Pero si en algún momento logro dormir, soñaré cómo recrear el rostro descompuesto de la basura, definir sus rasgos en vuelo, procesar su progresiva materia mortal, rescatarla del mundo incómodo de los basurales. Así, en la mañana, cuando salga el sol, no sentiré el peso de este cuerpo que bolsa a bolsa hago girar como remolino sobre la ciudad.

EL JUICIO FINAL

A la memoria de Marosa

—No me gusta —dijo el Escritor, arrojando hacia el suelo en forma de bola la hoja apenas leída—. Es incomprensible—exclamó con un rechazo que de tan exaltado parecía admiración.

Era un tipo con cara algo enrojecida por el sol de diciembre y unas cejas prominentes que parecían plumeros, el pelo largo en la nuca, aunque el casco empezaba a pelarse. En el espejo del lugar se agrandaba su imagen, al punto que parecía otro. Estábamos en una confitería céntrica, sitio de reunión de los grupos que, a modo de tertulia, acumulaban conocimientos en intercambio cotidiano.

No era la primera vez que yo escuchaba esta expresión, no sólo acerca de la lectura de autores nuevos o desconocidos, como en este caso, sino sobre otros que no tenían una firma de alguien que los presentara y les diera un aval previo. De haberla tenido tal vez la apreciación hubiera sido distinta, aunque la respuesta podría variar: "lo conozco, es malo", y se lo desacreditaba de entrada, o "no está mal, es buena gente", y la oportunidad estaba implícita. Al margen de la opinión académica que oscilaba ambigua

o perlada de tecnicismos, por lo cual nunca se podía saber si eran razonables o independientes del juicio de turno.

"Todo es válido", solía decirse, o "este autor escribe para sí mismo", o "esta persona es mediocre", o "este texto es cómplice", reflexioné primero, repasando distintas fuentes, mientras escuchaba las palabras terminantes del Escritor, y luego lo pronuncié mirando a un parroquiano que desde una mesita a nuestro lado revolvía el café sin decoro, al punto de salpicar la tapa de un pequeño libro de poemas de Amorim que dormía sobre su mesa, a un paso del azucarero.

El vecino me devolvió la mirada con un gesto de abatimiento, creo que entendía de qué se trataban mis frases inconexas, pero resolvió ampararse en el silencio, como un crimen reconocido del que nadie se hace responsable, aun cuando él parecía ser como yo, un simple amante de los libros. Me dio para pensar que la poesía no estaba ajena a su antojo, por el librillo de la mesa y por su mirada clara, con los lagrimales a punto de estallar. Tampoco al Día de los Trabajadores, pues esta fecha titulaba en grandes letras su acompañante *plaquette* poética. Sin embargo, yo seguía ojeando en mi entorno buscando cómplices más decididos, o un testigo que me diera una mano franca en aquellas lides casi perdidas ante las expresiones más comunes y vagas de la apreciación literaria.

-"Si es mi amigo no escribo sobre él", o "es mi amigo, tengo la obligación de comentar su obra" -continué hablando, después de una pausa, repitiendo lugares comunes que había escuchado de boca de algunos comentaristas de las secciones de cultura en

esa misma cafetería. Al escucharme, esta vez el hombre de al lado, que tenía lentes y labios muy finos, dirigió sus ojos a los míos como si me conociera:

—Es cierto, amigo —dijo en voz alta— se mezcla lo personal con la obra, salvo excepciones, y hay una especie de rutina en muchos críticos que los distancia de la intención del texto-.

Se comprometió esta vez, sonrió y lo sentí cercano, por lo menos en lo que me pareció un similar interés por la literatura, como si ambos deliberáramos sobre el difícil oficio de escribir y su resultado, el que nos daba un placer inimitable, por encima de otros temas. El del autor, por ejemplo, que merecía otro tratamiento.

En aquel momento pude sorber mi jugo de naranja como si fuera del último naranjal, más relajado y menos solitario, en la confitería más linda y popular de Salto. Por las ventanas asomaba un día temprano sobre la plaza, con su iglesia un tanto envejecida en aquella mitad de siglo, y sus torres habitadas por palomas, mientras unos equinos tiraban de un carro cargado de botellas de leche. Otros sonidos alentaban la hora del desayuno en la pequeña ciudad, voceando las ediciones de los últimos diarios. Busqué una moneda para comprar La Prensa, pues no habían llegado los periódicos de la capital, aunque la radio era nuestra principal información y para quienes nos interesaba la cultura todos los medios eran bienvenidos.

—Coincido con el señor —reiteró el vecino de mesa, acercando la silla casi sin hacer ruido— a pesar de que sólo soy un Periodista y no frecuento grupos de intelectuales, esos ejemplares

impenetrables que se exaltan y se descalifican entre sí, en cualquier sitio. Rivalizan igual que en el deporte, parecen jugadores de fútbol de un mismo equipo mirándose al espejito en el banco de suplentes, disputándose un puesto aunque sea por cinco minutos. No quiero decir que sea el caso, pero reconozcamos que aquí no existe la verdadera crítica literaria, somos pocos y nos conocemos y todo es más difícil que en la capital.-

El Periodista no era viejo, solo parecía cansado de la vida, se notaba en su camisa de manga larga, arrugada como la frente.

Mientras, el Escritor fumaba todo lo que permitían sus pulmones y de su boca salían círculos de humo desordenados que humedecían las galletas expectantes en un platito blanco como un hueso. Movía la cabeza despacio, de lado a lado, y sus dientes se dibujaban entre la niebla casi mordiendo palabras que no oíamos.

—No voy a hablar sobre la lucha de generaciones, imitando una y otra vez a las vanguardias unos, creyéndose nuevos, clásicos los otros repitiendo clisés. Los parricidios, por ejemplo, se mantienen en todas las épocas, peleando un espacio que es de todos… —dijo el Periodista que seguía revolviendo el café hasta el infinito. Y mi opinión —subrayó— vale en todo el país.-

Había levantado el pocillo de su mesa y apoyado el plato a la izquierda del mío. La sencillez de la charla era así, nada extraordinario, como las leyendas escritas sobre las mesitas veteadas, que muestran claramente palabras o frases sin autor, no siempre entendidas pero sinceras. O a lo mejor, tan simples que se está obligado a escudriñar más en su contenido.

—Sobre todo los matricidios —agregué irónico con un dejo afrancesado, recordando las dificultades de las grandes poetisas de principios de siglo… -Y a pesar de ello —continué— los jóvenes pueden morir sin lograr un sitio donde difundir sus creaciones y las mujeres sin tiempo para ser lo que ellas desean.-

—La lucha entre hermanos que desvivió a Melitón Alfonso —prosiguió el Periodista a continuación de mi comentario— es como si la moira griega o el peso del cristianismo bíblico hubieran cargado con ganas esa cruz de lidias y no se pudiera escapar a un destino trágico o a un futuro de conflictos, aun en el campo de nuestra cultura-.

-Pero muchos se resisten, o mejor dicho, lo aguantan sin drama, y sobreviven- dije jovial, en un juego de palabras-. Capaz que por inteligencia pelean con sus decires, no con sus iguales.-
-Seamos culturalmente optimistas- afirmé-. -Los que quedan son los libros, los hombres no-.

El Escritor silencioso me miró con un poco de desprecio en su rostro, tampoco era el Martín Fierro un poema de su preferencia, y la cita de los hermanos era evidente que no lo seducía.

Afuera había empezado a llover, satisfactoria consecuencia del calor sofocante, el mozo se había detenido en la puerta en actitud de contemplación ante la falta de clientela, pero yo pude ver cuando se acercó la jovencita al teléfono de la pared. Ella estaba sentada a dos o tres mesas de la nuestra, sola, lo que no era frecuente, y nadie se había acercado a ella. Entonces noté en su apariencia a una mujer vulnerable. No pude menos que escuchar su voz, ya que la confitería no era espaciosa, aunque la más amplia

de esta ciudad norteña; la barra, junto a la cual estaba el teléfono, quedaba a mis espaldas y se advertía que ella, la joven, intentaba hablar en voz baja. Casi en clave dijo: —*Sí, es él, lo reconocí, pero dice que no con la cabeza…*

Supuse que hablaba de nosotros porque en todo el negocio, sólo tres, de las numerosas mesas, estaban ocupadas: la que estábamos el Escritor y yo, la del Periodista, y en el fondo una habitada por una pareja alejada de la realidad.

—Y el combate por el espacio es cruel, se busca aunque sea un rincón-, dije sin pensar que podía confundirse con algo sideral, y hasta me hizo pensar en el poder de turno—, finalicé el párrafo aumentando el tono para llamar la atención de la jovencita pelirroja, que a esa altura regresaba cabizbaja a su mesa vacía.

—Conozco ese mundillo más cercano a la realidad que a la ficción, porque como Lector he escuchado y visto muchas injusticias, y me duele, por el sufrimiento de la literatura y por lo que ella se pierde. Afortunadamente las palabras se unen para salvar su vida por encima de quienes las usan- continué, haciendo una especie de alegato en el aire que no pasó inadvertido para la muchacha, quien revelaba una progresiva tristeza.

Yo no poseía criterios técnicos para interpretar las bondades de un texto literario, pero el ejercicio de leer me daba una mínima base para intuir lo que podría permanecer y lo que no. A partir de ahí seleccionaba mis lecturas, con mucho de placer y un criterio propio. Aunque apenas empezaban a trascender los libros nacionales, yo les otorgaba un lugar prioritario, poca era la crítica y el ensayo, cierto, pero había muchos poetas escribiendo

y también narradores jóvenes. Leerlos era una práctica en la que incurría desde años atrás, casi automática, en oportunidad de conocer nuevos autores, sin analizar en demasía. Ahora dije lo que dije porque el Escritor seguía moviendo la cabeza a los lados negativamente, murmuraba enérgico expresiones de rechazo acerca de mis palabras, y había tomado un lápiz de su bolsillo con el que tamborileaba más que haciendo música como gatillando un revólver.

Los libros se acumulaban en grupos frente a mí desde que había descubierto mi pasión, sus carátulas me seguían a donde fuera, pero cada vez quedaban menos en mis estantes, tal vez ellos mismos se excluían por autocríticos o selectivos, pero yo siempre estaba abierto a darles una nueva oportunidad. De ahí que repetía la lectura una y otra vez. Además, a la única librería de esta ciudad llegaban por cuentagotas, así que había que aprovecharlos. Por eso, en ese momento me quedé suspendido entre el alerta de aquel estilo drástico del Escritor, su menosprecio hacia los otros, y una reflexión humanista que me asaltaba de vez en cuando.

El Periodista arrimó más su silla sin permiso y señaló: —Algunos se empeñan en ser escritores, otros lo son sin proponérselo, pero no todos los que escriben son escritores, ¿verdad? ¿Y si nadie leyera, qué pasaría?...— envió la mirada oblicua al callado magnífico, esperando que su camisa impecable le aportara un poco de luz.

Pude advertir que la jovencita escuchaba atenta y tenía los ojos llenos de lágrimas, pues me miró muy fijo cuando el Escritor pateó con violencia la hoja arrugada que había quedado

impertérrita junto a su pie. Me llamó la atención el color intenso de los labios de la muchacha y los anillos en sus dedos que no se correspondían con sus escasos años, tenía algo de ingenuidad en su apariencia, pero también de mujer. ¿Sería ella?, me pregunté.

El Periodista perpetraba nuevas preguntas: —¿Vale separar la persona del escritor para el análisis de la obra? ¿O los dos son uno? —seguía— un dilema ético entre la benevolencia y la malicia u otros paradigmas en torno de la belleza, ¿cuál sería cuál? ¿cuál sería verdadero?—. Sonó una pausa. El lugar, que era un poco de todo: cantina, boliche, confitería, también quedó suspendido en la duda, la reflexión se impuso como el día.

—¡Carajo! —me salió— ¿será que es sordo? ¿o no le interesa ir más allá?— casi interrogando de frente al Escritor que seguía allí, con su camisa blanca, sin decir palabra ante la confusión desatada con intenciones de explicar el mundo desde la mesa de un café, pensando solamente en aquello que podría ser mejor.

.—No quiero complicar la conversación o por el contrario ser demasiado superficial —viré hacia el Periodista— pero sin escritores, tal cual, no podría leer los libros que leo. Así que recapitulemos.

—No vale nada, es un delirio—volvió a repetir furioso en voz aguda el Escritor después de romper la punta del lápiz en el borde del platito. —¡Que se dedique a la cocina, o a plantar flores! —.

Seguía en sus trece sin desvelo, con la mirada enturbiada hacia no sé dónde, tercamente. Parecía tener más derecho que cualquier lector a opinar sobre aquella hoja firmada con un

nombre de mujer, y lo hacía apasionadamente mientras yo dudaba, con la incerteza de quien sabe que no tiene todas las cartas en su manga ni todas las verdades ciertas.

Si el hombre decía lo que decía era porque su trabajo principal de escritor lo había hecho indiferente a otros pormenores de la literatura, pensé, porque si bien no éramos amigos, lo conocía bastante y sabía que ganaba por opinar no sólo por escribir.

Ella, la chica de la mesa de al lado, en ese momento tomó un manojo de magnolias que estaba a su costado, sobre una silla, y lo deshizo como sonámbula, después abrió la cartera, sacó un espejito y una caja con dibujos de mariposas, y comenzó a empolvar su rostro desde la frente hacia abajo, con movimientos breves golpeando las mejillas como al vidrio de una ventana. Repasó a continuación sus labios de un rojo subido, con un lápiz que extrajo de su bolsa, y poco a poco, los párpados se fueron cubriendo de sombra azul, las pestañas arqueadas de negro, apareciendo una imagen suya que pareció de circo.

—Yo, como Lector-, dije al Escritor con la sospecha de que no me escucharía, porque se le veía fuera de toda realidad a su alrededor- me siento semejante a los que escriben, porque al leer un libro puedo cambiar de países y continentes en mi cabeza como si estuviera en una eterna travesía. Leo mi propia lectura, rehago los textos en mi imaginación, recreo…—.

La muchacha, a la espera de quién sabe qué milagros, estrujaba algunos pétalos blancos de los que me llegaba el aire perfumado. Se levantó entonces, lívida, y pasó junto a nosotros en

actitud desafiante, clavando la mirada al gesticulador que la siguió viendo, pero no se inmutó.

—Qué contradicciones se plantean en este universo de las letras —esta vez me expresé con cierta cortedad teñida de recelo mirando al Escritor que seguía aparentemente sin oírme, continuando sí sus gestos de negación. Alcé más la voz: —No me has justificado las razones por las cuales no te gusta este relato—.

Fue una especie de pregunta indirecta esperando un soporte a su juicio, pues a mí esa página me había provocado el placer de descubrir nuevos lugares, casi como la entrada a un sueño. Y deseaba saber sobre qué explicación se asentaba su argumento contrario. —No sé quién es -le dije-, es una joven que me hizo llegar este texto por correo para que te lo entregara, pues sabe que te conozco y ella es tímida. En la carta dice que eres su escritor preferido y esperaba una opinión calificada para tomar la decisión de continuar o no escribiendo…

El tipo se levantó con rapidez de gamo y aire de sabio, miró al Periodista que se había hundido en el asiento esquivando las moscas salteñas, y clavándome los ojos gritó su inapelable fundamento: —Sabés por qué, porque sobre gustos no hay nada escrito.

LA CASA DE MIS ABUELOS

Había pasado largo tiempo desde que pude comprender que ese mundo de la casa antigua de mis abuelos, con sus exóticos rincones, sus objetos curiosos y relucientes, había terminado. Hacía demasiados años que sentía que aquel mundo de contradicciones materiales: platos esmaltados junto a copas de cristal, juegos de porcelana y vasijas de barro, estaba concluido, acabado. Hacía mucho tiempo, sin embargo, ese día al volver allí y comprobar —después de una noche en vela dando vueltas el telegrama en una especie de océano — que todo había dejado de existir, sentí un agudo dolor bajo el seno y una punzada me oprimió la nariz como si estuviera reviviendo las etapas de un entierro.

En ese momento me llegaron sucesivas, en desorden, representaciones de una época nítida en mi conciencia. Imágenes algunas fijadas por reminiscencias, otras apenas evocadas por insignificantes pero que de golpe cobraban importancia, quién sabe por qué mecanismo inconsciente. Desfilaron ante mí como una multitud —me quedé mirando al escribano sin verlo— y a partir de allí cubrieron toda mi atención.

La abuela estaba sentada en la silla de paja con su cabello recogido sobre la nuca, ajustado con grandes horquillas. Junto a ella descansaba la caldera de hierro sobre un diario doblado prolijamente en cuatro partes. El abuelo encorvado sobre la tierra plantaba los gajos del futuro limonero, fructífero en marzo, del damasco codiciado por los vecinos del barrio y de aquellos ciruelos que destrozó un temporal de julio.

Presenciaba como en un rodaje la recreación de una época, tal era la luminosidad, la escenografía: las macetas granate a lo largo del muro, los bancos de madera pintados de verde, las baldosas amarillentas, el penacho rojo del cardenal prisionero en su jaula. El sol derramaba sobre el piso cuadraditos que la luz filtraba a través de la rejilla de la galería; los malvones asomaban entre la ropa blanca tendida en el alambre.

Si acaso estos recuerdos se sucedían sin orden aparente, poco a poco mis aventuras infantiles, acrecidas por los relatos de los viejos, fueron surgiendo, simplificándose como un rompecabezas que, tarde o temprano, acaba por resolverse. La llave de metal enganchada de un clavo en el postigo interior de la cocina me provocaba tal desasosiego que me quedaba largo rato sentada, con las piernas colgando, mirándola como queriendo aprehenderla y descubrir la combinación que permitiría abrir un nuevo mundo. El ropero con un espejo al frente donde mi tía soltera guardaba manojos de cartas de sus numerosos amores, fotos desteñidas que los días de lluvia extraía de una caja de bombones, botones que parecían caramelos dentro de una lata de té, algunos pétalos secos que cuidaba con meticulosidad, como preservando

las descoloridas flores siemprevivas y siempremuertas. El reloj de madera colgaba de la pared del comedor y también contribuía a inquietarme, porque había observado el correr de los minutos hasta llegar a las campanadas de la hora exacta, y se me había revelado drástico el paso del tiempo. Descontaba uno a uno los segundos que faltaban hasta el desencadenamiento abrupto del sonido, mientras en el conteo crecía mi ansiedad, impotente de detener la aguja que avanzaba inexorable.

Ese cúmulo de sensaciones me mostraban, como si nunca antes las hubiera reproducido con tanta calidad de imagen, el matiz de mi carácter, la respuesta a actitudes inexplicables, mis miedos, un itinerario por toda una vida sin tiempo para pensarla. El escribano hablaba frente a mí ignorando la enorme distancia que nos separaba y yo el sentido de su presencia –el murmullo de su voz era un enjambre monótono—, quizás para no profanar lo sagrado de cada centímetro cuadrado de esa casa, envuelta en una atmósfera a punto de explotar en quién sabe qué apariciones.

Sufría el ridículo de sobreponerme a la acumulación de historias, al peligro de caer en una irracionalidad de la que no pudiera salir, pero al mismo tiempo deseando caer, como si anhelara regresar a un sitio elegido, ya inexistente. Y me dolía en el cuerpo —desde la noche anterior— el temor al reencuentro.

Recordaba la noticia del fallecimiento del abuelo mientras yo viajaba: la lacónica carta de mi primo, la pena no compartida imaginándolo en viaje de regreso a un solar removido con sus brazos de hombre fértil. Pocos años después la abuela muerta entre el olor de las flores, frente a un Cristo cuyos ojos resignaban su

repetida agonía, el abandono de las tortas fritas en días de lluvia, mi asombro por no entender la desaparición forzada de las latas donde ella recogía caracoles entre las plantas. Desde esos tiempos empecé a comprender que algo iba terminando poco a poco en la vida de las casas: los jazmines, los colibríes que flotaban en el atardecer.

Después de la sucesión siguieron extinguiéndose otros sitios de la casa, con mayor rapidez: las chapas de los techos, el enigmático aljibe, la enredadera de campanillas. Nacían, en cambio, otras: parientes, deudas, las máquinas de coser de mis tías más ligeras que nunca, el dolor de los niños que no entendían y continuaban jugando sobre las baldosas cada vez más pequeñas y más grises. Esas ocurrencias en un ciclo necesario apresuraron el final de una fase escrutadora, ansiosa por conocer lo que a esta altura de los sucesos, de mis años y mi larga ausencia, me sonaba mítico.

Hacía mucho tiempo que había comprendido que todo ese mundo pertenecía a una etapa pasada; sin embargo, al encontrarme allí —después de tantas estaciones ocurridas en el almanaque— comprobé que a pesar de mi edad no todo estaba escrito en páginas anteriores. Reviví en el primer peldaño una memoria circunscrita a ese ámbito y temblé al encontrar una casa anciana, tristes las grietas de sus patios, tenaz por subsistir en una zona poblada de vacíos.

Aun allí pude pensar en la banqueta de paño escocés donde me subían las tías para recitar poemas, desde donde me sentía la más segura, la más auténtica, acaso por apropiarme desde esa altura de un ángulo desconocido.

Ya sin dificultades, pude mirar las arrugas hiriendo el rostro de mi abuela, el sombrero que coronaba la cabeza cana de mi abuelo, y sentir por fin las lágrimas que corrían por mis mejillas, las cuales el escribano no veía interesado en aclarar los desacuerdos familiares y la necesidad de que la bandera de remate, pálida y sufriente, ondeara desde la verja de la casa de mis abuelos.

Hacía mucho tiempo que creía haber alcanzado el fin de mi infancia, pero sólo esa mañana —casi adormecida por la citación recibida la tarde anterior— me convencí de que todo ese mundo estaba muerto, perdido irremediablemente.

EL SILENCIO DE LA HACHE

Eje con enormes ruedas paralelas, en movimientos habituales tan rápidos que parece cerrada y detenida, la letra Hache prefería hacer más que hablar.

Su humor hierático, su línea horizontal y ad-hesión a huelgas sucedidas en hileras hegemónicas, le crearon fama de humanista, en horas en que los hijos del mundo estábamos huérfanos de héroes.

Cuando los hechos del horror la condujeron a la hoguera con hipócritas hipótesis sobre sus hechizos, ella humilde resurgió de las cenizas, y se hospedó, en silencio, en el hogar del alfabeto junto a sus hidalgas hermanas.

Dicen que esa vez, entre la humareda, se vio surgir a un hermoso halcón, que transformado en haz de luz habitó los huecos horadados por las hienas. Sin halagos y heraldos, en harmonía con los bú-hos, hizo un homenaje callado a la Humanidad, hito sin precedentes en la historia.

Había sido heredera de la censura en los hispano - hablantes, hija de heroínas como Hécuba, humillada por hablar

honestamente, hostigada a-hora por muda, por lo cual mantenía huraña un hondo hermetismo. No olvidaba las huellas hincadas en hojas de libros, hechos humo en una época de huracanes y hurtos de libertades, y reservaba su honradez tras una imagen hiper-humorística.

Ni el hiato ni el hielo podrían cambiar su génesis, ella logró dejar de fablar y de ser fermosa con toda su faríngea hazaña, y no huyó ni al hierro ni a los himnos, tampoco a la hostilidad de los que la llamaron rupestre.

Pero, por hache o por be, el hallazgo más hablado sobre el origen de la letra es la historia de aquella hembra que, indignada por la presencia del hambre universal subrayó, harta de hombres herejes, siguiendo el hilo de su hipérbole: "Huy, huy, en honor a la verdad, si no habla ni suena frente a tantos hechos horribles, llamale Hache".

CONDENA

Esta noche no escribiré un cuento, no, aunque crea que es posible hacerlo: tengo anécdota, un principio lo suficientemente apasionado como para captar al lector, peripecias atractivas en cuanto al clima y la desmesura en el desarrollo, un final fantástico y previsible que emula el espeluznante siglo.

Tampoco escribiré un poema, demostrado está mi estilo escueto, poco estimulado y estimulante para expresar tantos mundos venidos desde arriba y tantas veces vaticinado para venirse abajo.

Escribir una carta sería un suicidio a medias, ¿quién leería una carta en estos tiempos angostos, sin jueces de toga a quien dirigirlas, ni distancias que justifiquen papeles volando sobre mares o selvas?

Podría emprender diversas opciones literarias, ensayo por ejemplo, divagar sobre la combinatoria entre la fascinación y el rechazo hacia las letras, cómo afecta el afecto en las palabras elegidas, o la reiteración de comportamientos contradictorios en el curso efímero de su historia.

El teatro podría ser tal vez la forma más cercana a lo que intento expresar, una mediana manera de catarsis en un transformismo irónico. Elegiría la sátira, aunque también podría ser el drama, presentando personajes con monólogos concisos, actos con escenas espectrales, escenografías donde lo tumultuoso se fuera diluyendo en el interior de los personajes, despojándose de todo, incluso del cuerpo, hasta caer el telón como una bandera blanca.

La novela no la creo conveniente, porque casi nadie lee novelas en este breve tiempo de imágenes; entonces, si la desarrollo, enlazada entre ficción y realidad, podría quedar trasnochada por tendencias neo-románticas, combatidas por mí hasta el cansancio. Cometería la imprudencia de colgarme con mi propio lazo y la protagonista sería capaz de aliarse con la crítica por dejarla abandonada en mitad del libro.

Me quedan otros géneros donde incursionar, menores, llamados así por los mayores, texturizar un guion cinematográfico con epílogo feliz a pesar del todo, prosas humorísticas, "divertimentos", aforismos, artículos periodísticos u otros ejercicios de los que se ocupa alguien que juega con la escritura igual que con la vida, como yo.

Pero no voy a escribir nada, ya hay suficientes papeles apilados en el cajón de mi escritorio sin clasificar aún y archivos nuevos en la máquina, con nombres impronunciables, que no esperan más que autoarchivarse.

Observo la pantalla de ahora con la mirada de las diferentes herramientas que me acompañaron y me persiguen: el lápiz,

la lapicera fuente, la birome azul, la vieja Remington, la portátil Olivetti, la incipiente computadora, la PC y las laptop, todos útiles que me acercaron a una página que nunca me dijo por qué tengo que decidir el nombre de lo que escribo para vivir la literatura como un hecho insalvable.

No te voy a decir a ti, lector, lo que no se haya dicho ya en la intimidad del discurso, hay que hacerse a un lado, escribir breve y bajito, dejar que las letras se conformen entre sí para no romper el oído de las palabras.

Esta noche no voy a escribir, no, no es necesario, el día de hoy ya fue y, por fin, este último minuto silencioso sobrevive a todas las condenas literarias, incluso a la mía.

ÍNDICE

Paginado, Impreso y Encuadernado en
Mastergraf srl
Gral. Pagola 1823 - CP 11800 - Tel.: 2203 4760*
Montevideo - Uruguay
E-mail: mastergraf@netgate.com.uy

Depósito Legal 355.955 - Comisión del Papel
Edición Amparada al Decreto 218/96

"De la importancia del alfabeto, el alfabetismo y el acto de escribir nadie duda; de mi obsesión por las palabras y las letras en mi labor de editora y correctora, tampoco. Tal vez faltaría explicar que en diálogo con las palabras, en el oficio de la escritura y sobre todo en mi vínculo con las letras, he descubierto rasgos de su personalidad, características que las humanizan y las ubican al borde de la rebelión y la furia..."

Así comienza la poeta Melba Guariglia el prólogo a este volumen. La decodificación del lenguaje hasta llegar a la *nuda* letra parece uno de los hallazgos más inquietantes de la autora. Desde el origen de los signos, la escritura reinventa su condición mágica. En esta lúdica deconstrucción, las letras dejan de ser modestos instrumentos para convertirse en protagonistas cargados de significación.

La escritura, siempre centro temático, aparece como añoranza en una mujer analfabeta que vive la mímica de escribir, en una joven poeta en la búsqueda del aval de los maestros o desde el otro lugar, el de la fascinación de la lectura, que lleva a los lectores a trascender una situación de terrible agresión del entorno. *"Aunque parezcan relatos inocentes, no hay palabras inocentes"*, dirá Guariglia. Y finaliza en *Condena* su último texto:

"No te voy a decir a ti, lector, lo que no se haya dicho ya en la intimidad del discurso, hay que hacerse a un lado, escribir breve y bajito para no romper el oído de las palabras y dejar que las letras (por sí solas) *se conformen entre sí..."*

ISBN 978-9974-98-367-0



ediciones letradura

